

Traspié diurno entre dos espejos

Todos mis huesos son ajenos;
yo tal vez los robé!

César Vallejo

Lunes, perfil de lluvia con zapato y 3.
Un hombre, a quien nadie conoce
ni recuerda,
lleva en la mano una cajita de harina,
estuosa,
y, en el bolsillo más secreto,
dos fotografías y un botón de la camisa, nuevo.

*Una piedra en que sentarme
¿no habrá ahora para mí?*

Todas las calles lo anuncian:
«Crecen astillas de hielo en el ojal del hueso.»
Pasa César Vallejo, de incógnito, ladea la cabeza,
se agacha y deja un sobre abierto en la acera:

*Si al menos el calor (— — — — — Mejor
no digo nada.*

Dos tinieblas incrustadas en la pared.
Medio sueño inclinado.
Allí está otra vez, en cuclillas detrás del semáforo,
el vendedor de recuerdos abandonados,
inmóvil y callado, ajeno,
desde el día en que la ternura
se le hizo insoportable. Silba un esqueleto.

Rubio y triste esqueleto, silba, silba.

Una hora al día corre por calles y plazas,
tropieza, se levanta, disimula, vuelve a correr
y, de súbito, al lado de una piedra húmeda,
halla de nuevo al ser misterioso,
sin mirada ni cumpleaños,
que le dedica epístolas y canciones de hogar.

*Va corriendo, andando, buyendo
de sus pies...*

Aquello no le sorprendió.
Seguramente, era demasiado tarde:
ya no había nadie detrás de aquel recuerdo.
De todo esto yo soy el único que parte.

Alberto Tugues